

resignación de Gil-Albert al sarcasmo furioso de Serrano Plaja y hasta la paulatina cancelación del proyecto de la poesía desde, para y por el pueblo. Un aire de pesimismo y un fortalecimiento de las posiciones y las poéticas individuales empieza a matizar la noción del compromiso. El exilio comienza lentamente a interiorizarse en el ánimo de los españoles. Un viraje semejante se percibe en los colaboradores mexicanos, huérfanos de misión histórica valedera, afectados por un incómodo sentimiento de inutilidad político-social (el «¿Y yo de qué podría hablar?» del poema de Paz) que las vicarias causas de la Guerra Civil y el antifascismo habían atenuado en su ánimo batallador.

Ambos grupos resuelven su entredicho, por un lado, en su interés por descifrar el sentido histórico y psicológico profundo de sus respectivos países (María Zambrano, Rafael Dieste y Sánchez Barbudo ante España; Paz, Revueltas y José Alvarado ante México). Por otro, el interés en precisar la razón de ser de la poesía que había llevado a los españoles a optar por una empeñosa revaloración de «lo humano» y a ajustar cuentas con «el esteticismo del 27»<sup>27</sup>, aceleran los mismos propósitos en Paz, que escribe su propio «manifiesto», «Razón de ser», en el que ajusta cuentas con los Contemporáneos<sup>28</sup>, y en otros miembros de su generación, como Efraín Huerta, que inicia sus sonadas escaramuzas con Salvador Novo. Ambos grupos, en resumen, están de acuerdo con Malraux en que «La cultura no se hereda, se conquista»; en que, más allá y más acá de las trincheras y de la muerte, del fascismo y el compromiso, de la democracia y la sorda Europa, está *el hombre*.

Si *Hora de España* había sido tachada de estetizante o de, como recuerda Gil-Albert, se le había colocado «el marchamo del trotskismo que servía entonces para designar algo vago, heterodoxo y condenable»<sup>29</sup>, la postura de *Taller* y su humanismo revolucionario comienzan a producir impresiones semejantes ante los comisarios mexicanos. No podía ser de otro modo. En «Pablo Neruda en el corazón», publicado por cierto en la revista de los *duros*, Paz había dicho de la causa de España:

Ni un episodio ni una causa histórica (la guerra civil) es (...) el hecho decisivo de nuestra historia moral, la causa del hombre, en definitiva y para siempre... Esto no es política. No y mil veces no. España no es una «causa política»: que se callen todos los políticos, que aquí, en el corazón nuestro, no hay más que el hombre, el hombre solo, el pueblo solo, en su última y definitiva soledad<sup>30</sup>.

Una declaración de este jaez resulta demasiado escabrosa para José Manicador, que responde a Paz con el autoritarismo de la LEAR: «Su ejemplo puede ser funesto. Su pesimismo, peligroso. Cuando el poeta es pesimista no hace poesía»<sup>31</sup>. A pesar de la admonición, los jóvenes poetas no entienden

<sup>27</sup> Dice Sánchez Barbudo: «En lo literario, para mí es claro que nacimos bajo el signo de lo humano, hondo, y lo social; contra el esteticismo de los del 27». (*Carta a Francisco Caudet*, Antología de Hora de España, p. 471.)

<sup>28</sup> *Taller*, 2, abril de 1939, pp. 30-34. Decía Paz, entre otras cosas: «Con la ciencia del arte (...) hay que abrirse el pecho. Si heredamos algo, queremos con nuestra herencia conquistar algo más importante: el hombre (...) Nuestro destino es profundizar la renovación iniciada por las anteriores. Llevar a sus últimas consecuencias la revolución, dotándola de un esqueleto, de coherencia lírica, humana y metafísica».

<sup>29</sup> *Memorabilia*, p. 214.

<sup>30</sup> *Ruta*, 4, septiembre de 1938, pp. 25-33.

<sup>31</sup> *Ruta*, 5, octubre de 1938, p. 45.

de «condiciones objetivas» y prefieren hablar de «corrientes secretas». El optimismo revolucionario por decreto no toleraba forma alguna de abatimiento ni de interiorización individualista. *Ruta* y sus sacerdotes vuelven al ataque y en su número ocho<sup>32</sup> lanzan su excomunión en pluma de Ermilo Abreu Gómez, Contemporáneo arrepentido:

*Taller* es un problema. *Taller* tiene obligación de definir su rumbo; tiene que fijar su orientación literaria, su posición política; no basta la *calidad* literaria. Esto estuvo bien ayer. Hoy se exige otra cosa: un sentimiento de responsabilidad social, *revolucionaria*, en la literatura. *Taller* tiene que completar la obra ideológica de la revolución. Un sector de ésta le pertenece. Un poco más de atención y *Taller* cumplirá con el tácito compromiso que ha contraído.

Exigirle desde la certidumbre semioficial «sentimiento de responsabilidad social» a estos jóvenes era casi un insulto.

*Taller* reacciona manifestando su desacuerdo con la exigencia de subordinar la literatura al realismo socialista y al famoso «apartado siete» de los estatutos del PCUS. Su crítica y su poesía, acosadas por la LEAR y eslabonadas por fin con las de las generaciones anteriores, se preparan para dar el salto a «la otra orilla», la orilla romántico-revolucionaria de una literatura atenta al presente, pero, sobre todo, atenta al hombre y a la literatura. La misión por la que optan no es otra que lo que llaman una *esencialidad del hombre*; la función del poeta no es tanto ser un maestro de masas sino un blasfemo aislado. Mexicanos y españoles, lectores de Rimbaud y de Novalis, de Hoelderlin y de Baudelaire comienzan a pensar en la poesía como revelación, mito, memoria y prehistoria:

...Recordarlo ahora, cuando al poeta se le exige fidelidad con su tiempo, no sólo es provechoso, sino urgente e indispensable; muchas de las incomprensiones que la obra de arte suscita en espíritus de buena fe, pero engañados en lo que toca a la esencia, carácter misión de la poesía, seguramente desaparecerían si fuera más frecuente su trato con estas ideas (...) si su fidelidad con su tiempo es legítima no es más que la antigua y entrañable fidelidad del poeta consigo mismo<sup>33</sup>.

Vecinas a estas heterodoxias (por llamarles de algún modo) las discusiones internas se agudizaron y no faltó quien interpretó la herejía como un resultado lógico del contagio español. A esto se comenzó a sumar cierta xenofobia, el oportunismo de las envidias y, por el otro lado, el «españolismo absorbente, incluyente, declarado y, aunque nada imperial, claro es, era arrogante» que ha reconocido Sánchez Barbudo<sup>34</sup>. Solana, que había regresado de Europa y había aceptado en principio la incorporación de los españoles, se inventó el mito de que le habían robado *su* revista, y en él perseveró ya siempre:

Octavio la abrió a los inmigrantes que la invadieron y desplazaron de sus páginas a escritores mexicanos... así, a los doce números de vida, murió *Taller*, de lo que con una frase un poco fuerte podríamos tal vez llamar *la influenza española*<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> Enero de 1939, p. 54.

<sup>33</sup> Octavio Paz, «El Mar (elegía y esperanza)», *Taller* 3, mayo de 1939, p. 42. Un cotejo entre las posiciones de Paz y las de Gil-Albert y Sánchez Barbudo en el mismo período revela una sólida comunidad de ideas.

<sup>34</sup> En «El grupo de Hora de España», recogido en *Ensayos y recuerdos*, p. 97.

<sup>35</sup> Polidori, op. cit., p. 64.

No faltó, desde luego, quien se creyera esta historia, ni quien prestara oídos a esa otra acusación tristemente recurrente de la susceptibilidad mexicana:

Los exiliados universalizaron nuestra revista, la pusieron al día, y reflejaron en ella problemas menos locales que los que antes de su llegada nos habían preocupado; pero nada se gana sin perder algo a cambio: perdió *Taller* algo de su mexicanidad, de su sabor regional, y aun de su intimidad, al abrirse a una invasión de gente más preparada y con mayor herencia cultural que nosotros<sup>36</sup>.

Acusación que se empeñaba (y se empeña aún) en ignorar la dialéctica generacional que conducía a Juan Gil-Albert y a Paz, ya sin distinguos de nacionalidad, a «universalizarse» bajo el magisterio de Bergamín y Cernuda, o de los Contemporáneos mexicanos Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia. Era una pena que el meritorio reencuentro hispanomexicano se viera amenazado por el mezquino temor a «perder identidad».

Solana, por su rencor, y Huerta, por su militancia ideológica, se apartaron entonces del proyecto de *Taller*. Poco a poco la solidaridad con la república y con sus escritores se desvanecía entre la nueva tragedia de la Guerra Mundial y se descomponía en patéticos exabruptos antiespañoles. Salvador Novo comenzó a urdir las ácidas insidias de saliva y tinta que suscitarían la ira endecasílaba de Bergamín y la vergonzante simpatía de otros mexicanos. Se rumoreó que Bergamín, que apoyaba el tiraje de mil ejemplares de *Taller* desde la republicana Editorial Séneca había «comprado» *Taller* —que ahora reaparecía «remozada y endomingada» en palabras de Octavio Barreda, por gracia de «generosas manos amigas en el ascenso»<sup>37</sup>— para que en ella publicaran los exiliados jóvenes, olvidando que otra parte considerable de los gastos corría por cuenta de individuos e instituciones mexicanas<sup>38</sup>.

La cizaña no tardó en echar raíces y en poner nerviosos a los inseguros y a los débiles. «El pez que fuma», por ejemplo, dice en su entrega de *Letras de México*, poco después de que se anuncia la aparición de Séneca y de *Romance*:

En el acuario hay pánico y confusión. Un banco de sardinillas migratorias ha invadido las apacibles aguas. Grupos de descontentos se reúnen, impotentes, a murmurar y comentar la calamidad.

—¡Esto es imposible! —dice un pecesito de oro, finísimo poeta—. ¡Ya no digamos agua; ni aire nos dejarán! ¿Cómo van a sobrevivir *nuestras* revistas, *nuestras* instituciones, *nuestras* obras ante la brutal competencia de las que traen o piensan lanzar? ¡Unámonos, que la unión hace la fuerza!

—El asunto no tiene importancia, amigo —le contesta el estoico pez fumador— (...) Es más fácil formar una amistad que gozar de ella...<sup>39</sup>

El ímpetu inicial que hizo de la llegada de los exiliados una concelebración de la hispanidad, comenzaba a disolverse en una urdimbre de mutuas recriminaciones que no tardaron en hacer irrespirable el ambiente. *Taller*

<sup>36</sup> Solana en Polidori, op. cit., p. 62.

<sup>37</sup> En «*Revista de revistas*», *Letras de México*, II, 11, 15 de noviembre de 1939.

<sup>38</sup> Caudet declara (El exilio..., p. 162n) que la subvención de la revista procedía del SERE, no de Séneca; parece no dar importancia a las subvenciones mexicanas y casi postula que la incorporación de los españoles a *Taller* obedece a esa subvención. Algo parecido sucede con Pedro Salinas que en su *Correspondencia (1923-1951)* transmite a Jorge Guillén el rumor (carta 68, p. 205) de que Séneca «se va a encargar de la revista *Taller*, que hasta ahora hacía el grupo de Octavio Paz, y que se convertirá en revista hispano mejicana, prolongación de Cruz y raya». (Tusquets, Barcelona, 1992.) El hecho es que *Taller* recibía fuerte apoyo del mecenas mexicano Eduardo Villaseñor, de la Casa de España (es decir, Alfonso Reyes) y de la Imprenta Universitaria (es decir, Antonio Castro Leal). El puro apoyo español, fuese de Séneca o del SERE, no bastaba.

<sup>39</sup> El pez que fuma era o Barreda o Villaurrutia. *Letras de México*, 15 de marzo de 1940, 15, p. 3.

se terminó eventualmente, en febrero de 1941, por falta de fondos y por cansancio de Paz que, rebasado por los cataclismos ideológicos y hastiado de rencillas, abandonaría México en 1943. Gil-Albert, abrumado por la pobreza, decidiría probar suerte en Buenos Aires. Otros exiliados viajarían a Argentina o a Cuba a rehacer sus vidas, y varios de entre los mexicanos perderían las suyas en los radicales exilios interiores del suicidio o el silencio.

La experiencia del exilio, del encuentro y el reencuentro se resuelve, finalmente, en unos cuantos libros de historias y poemas y, más tarde, en las necesarias memorias. La historia del encuentro ha sido relatada ya, en algunas ocasiones, desde complementarios puntos de vista, generalmente subordinados a una pasión retroactiva. La del desencuentro, que se resuelve en esa subsección literaria hecha de intriga y decepción, o, en todo caso, en la historieta de las guerras literarias, aún está por escribirse. De lo que no cabe duda es de que tanto la historia como la historieta están en las revistas, documentos objetivos e infalsificables de la peripecia intelectual. Por eso es injusto que una revista como *Taller*, capítulo fundamental de la historia del transterramiento y sede de exilios de variada índole, deba padecer, en la historia de la hemeroteca moderna en lengua española, uno especialmente grave: el de la amnesia.

**Guillermo Sheridan**

